

Ciclos de lucha de clases y la formación de la clase trabajadora en Argentina, 1890–1920

Munck, Ronaldo

Dublin City University

ronnie.munck@dcu.ie

<https://orcid.org/0000-0002-7117-1099>

Fecha de recepción: 3 de octubre de 2024 / Fecha de aprobación: 1 de diciembre de 2024

RESUMEN

Actualmente hay un renovado interés en la relación entre las fluctuaciones económicas y los movimientos de huelga, que remite a un artículo de Eric Hobsbawm (1984) y a un texto polémico aún más antiguo de León Trotsky (1984). Este artículo ofrece una contribución a la creciente literatura, centrándose, a diferencia de la mayoría de los otros estudios, en un país del Tercer Mundo. También refleja la creciente influencia de la historia social en la investigación latinoamericana sobre la formación de la clase trabajadora.

Palabras clave: Lucha de clases / huelgas / clase trabajadora / Argentina

Cycles of class struggle and the making of the working class in Argentina, 1890–1920

ABSTRACT

There is currently a renewed interest in the relationship between economic fluctuations and strike movements which refers back to an article by Eric Hobsbawm (1984) and an even earlier polemical piece by Leon Trotsky (1984). This article offers a contribution to the growing literature, focusing, unlike most other studies, on a Third World country. It also reflects the increasing influence of social history in Latin American research on the making of the working class.

Keywords: *Class struggle / strikes / working class / Argentina*

Para citar este artículo: Munck, Ronaldo: «CICLOS DE LUCHA DE CLASES Y LA FORMACIÓN DE LA CLASE TRABAJADORA EN ARGENTINA, 1890–1920», en: ESTUDIOS SOCIALES, revista universitaria semestral, año XXXV, n° 67, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, julio–diciembre, 2024. DOI: <https://doi.org/10.14409/es.2024.67.e0096>

1. Introducción¹

Actualmente hay un renovado interés en la relación entre las fluctuaciones económicas y los movimientos de huelga, que remite a un artículo de Eric Hobsbawm (1984) y a un texto polémico aún más antiguo de León Trotsky (1984). Este artículo ofrece una contribución a la creciente literatura, centrándose, a diferencia de la mayoría de los otros estudios, en un país del Tercer Mundo. También refleja la creciente influencia de la historia social en la investigación latinoamericana sobre la formación de la clase trabajadora.

1. El relato histórico que sigue está enmarcado por una serie de hipótesis derivadas de la literatura mencionada anteriormente:
2. «La formación de la clase trabajadora es un hecho de historia política y cultural, tanto como económica» (Thompson, 1970: 213).
3. «Los factores de depresión a largo plazo ... ayudaron a acumular material inflamable en lugar de prenderle fuego» (Hobsbawm, 1984: 141).
4. «El impulso a la ola de huelgas fue el repunte en la coyuntura económica junto con un aumento simultáneo en el costo de la vida». (Trotsky, 1984: 45).
5. «La militancia de los trabajadores depende de dos factores en conflicto: logros y frustración» (Screpanti, 1984: 509–548).
6. «Con cada repunte de una larga ola no solo vienen nuevas máquinas y precios en aumento, sino también la recreación de la clase trabajadora y gran parte del entorno social». (Cronin, 1980: 12).

Estas, en resumen, son las ideas principales que el siguiente relato busca iluminar a través de un estudio de caso sobre Argentina entre 1890 y 1920.

2. El período formativo

A partir de la década de 1850, el capital fortaleció su dominio económico y político sobre el territorio de Argentina, que había obtenido su independencia de España en 1810. Un largo período de guerras civiles concluyó con la batalla de Caseros en 1852 y la adopción de una constitución nacional al año siguiente. Este proceso político–militar coincidió con la incorporación gradual de la fértil región pampeana al circuito internacional de acumulación de capital. Argentina era principalmente un país agrícola: el censo municipal de 1853 para Buenos Aires indicaba la presencia de 700 talleres y 100 «fábricas» que empleaban a unos 2000 trabajadores. Durante la década de 1880, hubo un aumento significativo en el nivel de industrialización: Buenos Aires podía presumir de

¹ Versión original publicada en 1987: *Cycles of Class Struggle and the Making of the Working Class in Argentina, 1890–1920*, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 19, No. 1, pp. 19–39. Agradezco la amabilidad del autor por permitirme su traducción y republicación. Traducción de Carlos Álvarez (UNR/CONICET).

tener una docena de plantas de procesamiento de carne que empleaban a casi 8000 personas y 7 molinos de harina con 500 trabajadores. Sin embargo, en promedio solo había diez trabajadores por establecimiento industrial, lo que atestigua el nivel semi artesanal de producción en este período. Otra característica de la industria temprana fue el papel predominante de la empresa y la mano de obra inmigrante: el censo de 1887 encontró que el 92 % de los talleres y fábricas industriales eran propiedad de extranjeros, y que el 84 % de los trabajadores eran inmigrantes. Entre 1887 y 1895, el número de establecimientos industriales aumentó de 6128 a 8439 y el número de asalariados se duplicó. La década de 1880 trajo al poder a una sección organizada de las clases dominantes que iba a lanzar un proyecto coherente de crecimiento capitalista y llevar a Argentina a su «era dorada» entre 1890 y 1930.

Si el capital produce la fuerza de trabajo que necesita, entonces la clase trabajadora no es simplemente un elemento pasivo en la máquina de acumulación de capital. En 1857, los impresores de Buenos Aires formaron la primera sociedad de ayuda mutua registrada, la Sociedad Tipográfica Bonaerense. Para 1876, los impresores habían formado el primer sindicato genuino, seguido por los panaderos, carpinteros y otros oficios. En 1887, el sindicato de ferroviarios La Fraternidad se convirtió en la primera organización nacional. Las estadísticas de huelgas para este período son poco confiables, pero Julio Godio (1980: 165) ha estimado que alrededor de 48 huelgas tuvieron lugar durante los años 80, de las cuales un número igual fue ganado y perdido por los trabajadores. La mayoría de estas huelgas ocurrieron en la ciudad capital, Buenos Aires, y estaban principalmente relacionadas con demandas salariales. Los años 80 marcaron el comienzo de un cambio fundamental de la mano de obra artesanal a la manufactura. A diferencia de los trabajadores–artesanos en los talleres de metal o textil, los trabajadores en las plantas de procesamiento de carne eran en su mayoría nativos. Así, la clase trabajadora de Argentina se estaba formando en el abigarrado mundo de la lucha de clases, una característica permanente desde 1890. Por un lado, estaban los descendientes de los gauchos y la migración interna tras el colapso de las rebeliones provinciales en los años 80; por otro, los migrantes del extranjero, muchos de los cuales, como aquellos que huyeron del colapso de la Comuna de París de 1871, trajeron consigo las tradiciones políticas del socialismo y el anarquismo. Al principio, los inmigrantes del extranjero veían verdaderas perspectivas de movilidad social ascendente, pero estas esperanzas se verían frustradas en los años 1890.

3. Depresión económica y quietud laboral, 1893–1902

El año 1890 fue un punto de inflexión importante en la historia económica y política de Argentina. Para Di Tella y Zymelman (1973: 32), «la crisis de 1890 es una de las más importantes en la historia económica argentina, por su magnitud y por las repercusiones políticas, sociales y económicas que la acompañaron». La crisis de Baring

en Londres y las posteriores dislocaciones financieras y comerciales resultaron ser un verdadero impulso para la industrialización en Argentina. Después del colapso de 1890, hubo una fase generalmente recesiva, interrumpida solo por la recuperación de 1896. Durante este ciclo, el nivel de inversión cayó significativamente y la inmigración disminuyó, siendo incluso superada temporalmente por la emigración (ver Gráfico 3). Hubo un excedente de mano de obra y la economía mostró poca capacidad para absorber más trabajadores. A partir de esta fecha, el movimiento obrero en Argentina comenzó a expresar su oposición a la emigración «fomentada artificialmente» desde Europa, que consideraba un factor incontrolable capaz de aumentar el tamaño del ejército de reserva de mano de obra y, por lo tanto, de deprimir los salarios y dificultar el mantenimiento de las huelgas. Las altas tasas de inmigración en 1896, por ejemplo, pueden verse como un factor contribuyente a la gran proporción de derrotas de la clase trabajadora en los movimientos de huelga de ese año. De hecho, tal es la importancia de la inmigración durante estos años que debe considerarse como una variable sustancial en nuestro análisis de los ciclos económicos y la insurgencia laboral.

Entre 1887 y 1895, el número de establecimientos industriales aumentó de 6,128 a 8,439 y el número de trabajadores asalariados se duplicó. A medida que avanzaba la mecanización, también lo hacía la concentración de trabajadores en plantas más grandes. Este ritmo cambiante de acumulación de capital llevó a un importante cambio en la configuración de la clase trabajadora. Oficios como el de carpinteros, panaderos y albañiles seguían siendo el principal polo de atracción para el incipiente movimiento obrero, aunque ya no eran el sector líder en términos económicos. Los grupos de trabajadores altamente concentrados que servían a la economía agroexportadora, como los ferroviarios y los estibadores, estaban desempeñando ahora un papel estratégico en el mundo sindical, liderando las primeras huelgas a nivel nacional. Fue en 1896 cuando los trabajadores del ferrocarril encabezaron la primera huelga a nivel industrial que trascendió los límites locales. Un tercer sector, aún menor, estaba representado por los trabajadores en las grandes plantas de procesamiento de carne (frigoríficos), quienes estaban sujetos a la subordinación real en contraposición a la formal del trabajo.

Durante el transcurso de este ciclo, el movimiento obrero fue más allá de los primeros llamados a la «justicia» y articuló los primeros programas de la clase trabajadora. La solidaridad de clase, ejemplificada en las primeras huelgas de simpatía, era una clara señal de que el lenguaje de clase comenzaba a ganar terreno en el movimiento obrero. En 1897, por primera vez también hubo un movimiento significativo en torno a la cuestión del desempleo. Como señala José Ratzler (1969: 62), «las protestas proletarias ya no son brotes relativamente espontáneos y aislados. El movimiento de resistencia se elevó a un plano superior, se generalizó... Se formaron nuevos sindicatos y otros se transformaron... La clase en su conjunto comenzaba a actuar». En 1890, el Primero de Mayo ya se había celebrado en Argentina en un mitin internacionalista dirigido en varios idiomas, de acuerdo con los diversos orígenes

nacionales del proletariado. En 1892, se formó la primera organización socialista en América Latina cuando un grupo de inmigrantes alemanes fundó el club Vorwärts. Uno de sus líderes, Germán Ave Lallemand, había lanzado la influyente revista *El Obrero* en 1890, que realizó un análisis pionero de los problemas que enfrentaba el incipiente movimiento obrero argentino. Sin embargo, la tendencia dominante en el movimiento obrero estaba representada por los anarquistas de diversas corrientes. El anarquista italiano Errico Malatesta visitó Argentina entre 1885 y 1889 y fomentó la participación anarquista en los sindicatos. Tras su partida, los individualistas o «anti-organizadores» tomaron la delantera, y esto en parte explica el declive de la agitación laboral hasta 1895. Después de ese año, los anarquistas, y en particular el periódico *La Protesta Humana*, lanzado en 1897, volvieron a centrar su atención en los sindicatos y se pusieron al frente de la organización laboral. El capital había creado una fuerza laboral y los anarquistas y socialistas estaban creando un movimiento obrero.

Sin embargo, el movimiento obrero no nació de la noche a la mañana. De hecho, la industrialización de los años 80 del siglo XIX no dio frutos en términos de respuesta por parte del trabajo hasta los años 90. Esto se debe a que, como escribe Hobsbawm (1984: 144) «los hábitos de solidaridad industrial deben aprenderse, al igual que el de trabajar una semana regular. También debe aprenderse el sentido común de exigir concesiones cuando las condiciones son favorables, no cuando el hambre lo sugiere. Hay un desfase natural antes de que los nuevos trabajadores se conviertan en un movimiento obrero efectivo». Este período de aprendizaje avanzó considerablemente en el primer ciclo que se considera aquí: 1896-1902. Las fábricas y los talleres no fueron la única arena de lucha durante este período. De hecho, como argumenta una historia popular del trabajo, fueron los conventillos, esos edificios de apartamentos abarrotados, los que se convirtieron en «el amargo sitio de una nueva síntesis cultural» entre los trabajadores gringos y criollos (Gutierrez, 1978: 35). Estos alojamientos superpoblados, insalubres y costosos llevaron las aspiraciones de los inmigrantes a un agudo conflicto con la realidad. Se podría argumentar que no fue la fábrica capitalista la que unificó a las diversas capas proletarias—inmigrantes, trabajadores artesanales, trabajadores locales establecidos, migrantes rurales internos y otros—en una clase, sino el conventillo. Una serie de huelgas de alquiler solidificaron el fuerte elemento comunitario en la conciencia de la clase trabajadora de Argentina, y permitieron que el gran número de trabajadores a domicilio (principalmente mujeres trabajadoras textiles) se involucraran en la lucha con el proletariado basado en fábricas.

En términos de nuestra correlación de indicadores económicos con las luchas laborales durante este ciclo, se pueden extraer varias conclusiones. A partir de los datos en el apéndice, podemos observar que, aunque las condiciones económicas para el capital eran generalmente malas, los salarios aumentaron de manera constante, aunque con altibajos (Tabla 1 y Gráfico 1). Los datos que tenemos disponibles sobre huelgas aún son incompletos, pero podemos notar un aumento significativo en 1896, precisamente el

año de un repunte en la situación económica. Después de un parón de casi tres años, cuando el desempleo alcanzó los 40 000 solo en Buenos Aires, las huelgas volvieron a aumentar en 1900 y 1901, señalando un gran resurgimiento de la militancia laboral en los años venideros.

En noviembre de 1902 tuvo lugar la primera huelga general en Argentina, precedida por una serie de huelgas parciales y un clima general de intensificada lucha de clases. Los sindicatos se consolidaron con la formación de la primera confederación en 1901: la Federación Obrera Argentina (ver Gráfico 2). Sin embargo, la afiliación sindical no superaba los 10 000 en esta etapa. La inmigración durante este período disminuyó después de un pico a finales de la década de 1880, aunque vale la pena recordar que entre 1880 y 1900, 1.5 millones de trabajadores llegaron a Argentina, de los cuales casi 1 millón permanecieron en el país. El proceso de proletarización descrito por Marx se estaba llevando a cabo de manera indirecta, por así decirlo, mientras campesinos y artesanos de Europa cruzaban el océano para «Hacer América». Como atestiguan muchas cartas de lectores al periódico *El Obrero*, los sueños de los inmigrantes se desvanecieron rápidamente a medida que poco a poco caían bajo la influencia del capitalismo y comenzaban a forjar una nueva clase trabajadora nacional. Significativamente, los inmigrantes fueron integrados en la sociedad primero como trabajadores y solo mucho más tarde como ciudadanos.

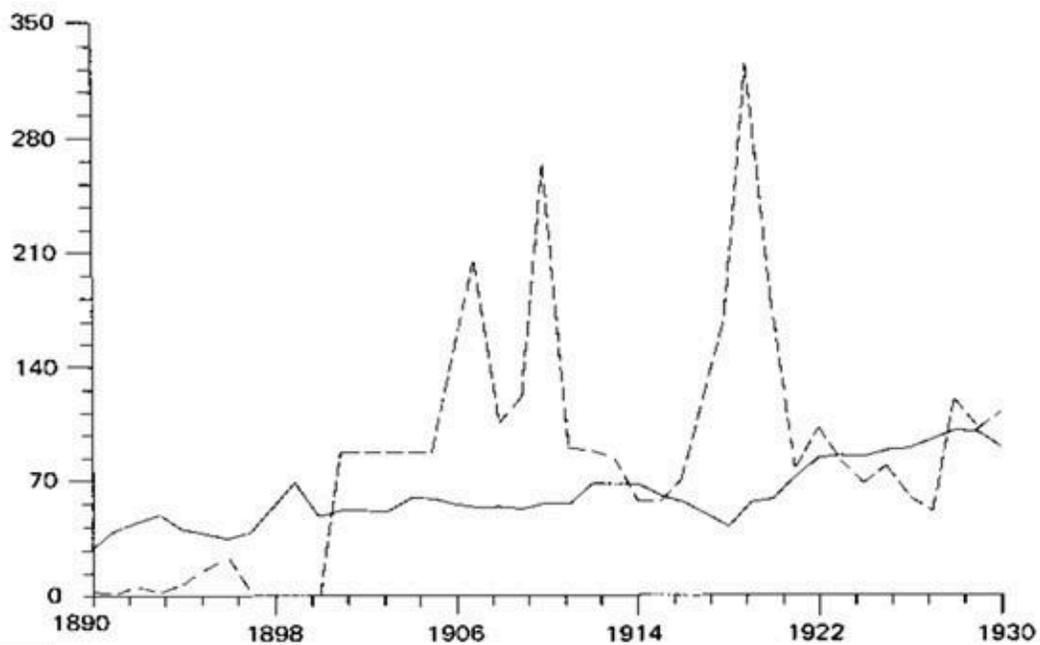
Tabla 1. Condiciones económicas, salarios, huelgas, huelguistas, 1890–1900

Año	Condición Económica	Salarios	Huelgas	Huelguistas
1890	Recesión	120	4	–
1891	Pobre	167	2	–
1892	Pobre	190	7	–
1893	Pobre	209	3	–
1894	Pobre	174	9	–
1895	Pobre	158	19	–
1896	Recuperación	145	26	–
1897	Recesión	162	0	–
1898	Pobre	237	0	–
1899	Pobre	288	0	–
1900	Pobre	203	–	–
1901	Pobre	223	100	–
1902	Pobre	223	100	–
1903	Recuperación	220	100	–
1904	Próspero	252	100	–
1905	Próspero	250	100	–
1906	Próspero	233	170	70.743
1907	Recesión	227	231	169.017
1908	Recuperación	231	118	11.561
1909	Próspero	223	138	4.762

1910	Próspero	240	098	18.806
1911	Próspero	240	102	27.992
1912	Próspero	285	99	8.992
1913	Recesión	Nueva	95	23.698
1914	Pobre	serie	64	14.137
1915	Pobre	68	65	12.077
1916	Pobre	61	80	24.321
1917	Pobre	57	138	136.062
1918	Recuperación	49	196	133.042
1919	Próspero	42	367	308.967
1920	Próspero	57	206	134.015
1921	Próspero	59	86	139.751
1922	Próspero	73	116	41.737
1923	Próspero	84	93	19.190
1924	Próspero	86	77	277.078
1925	Recesión	85	89	39.142
1926	Recuperación	89	67	15.880
1927	Próspero	90	58	38.236
1928	Próspero	95	135	28.170
1929	Próspero	101	113	28.271
1930	Recesión	100	125	29.331
		91		

Fuente: Merkx, 1973:288; Cortes Conde, 1979:227

Gráfico 1. Salarios (-----) y huelgas (----), 1890-1930



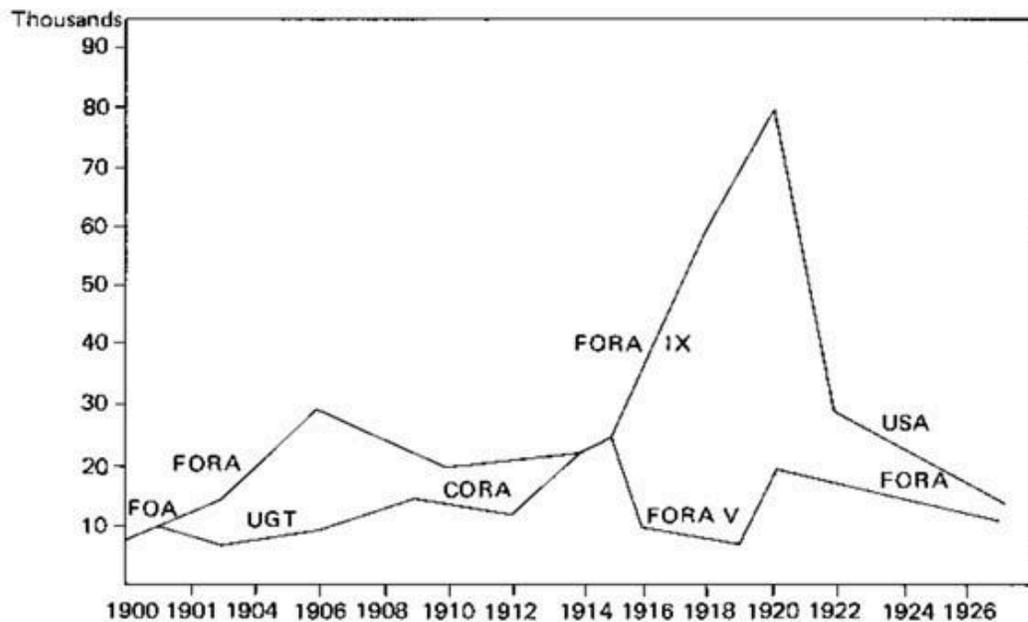
Fuente: Extraído de la Tabla 1.

4. Recuperación económica y explosión laboral, 1902-1908

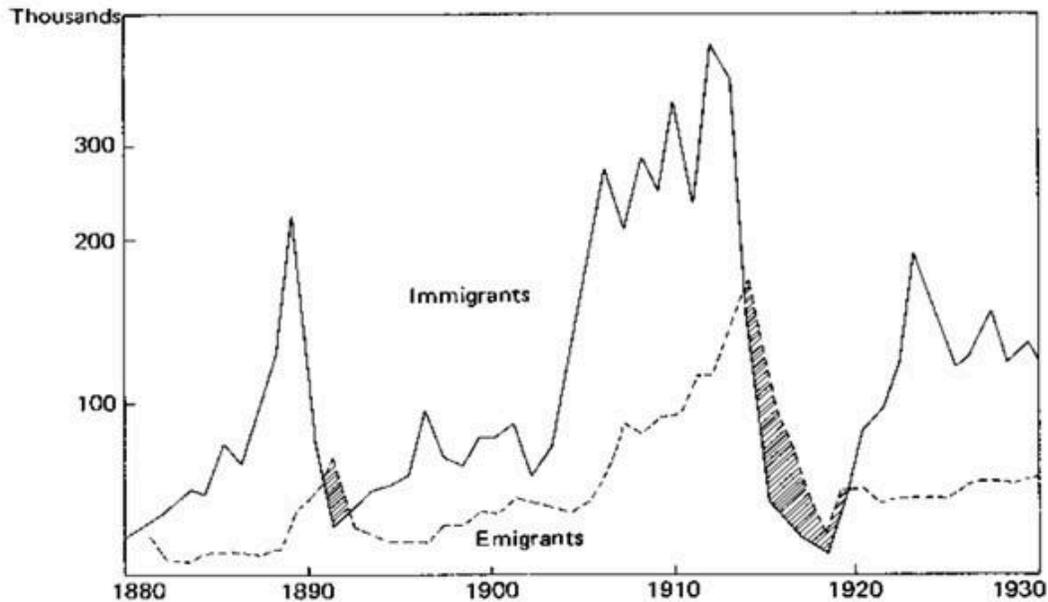
El ciclo 1902-8 se caracteriza por un fuerte proceso de desarrollo agrario que aceleró el proceso general de acumulación de capital. Hubo un gran impulso a la inversión extranjera e interna; la inversión en capital fijo aumentó un 38 % durante este ciclo. Como era de esperar, la inmigración también empezó a aumentar de forma constante a medida que los pequeños agricultores y artesanos de Europa, por no hablar de los sin tierra y los desempleados, se veían atraídos a Argentina por las historias de fabulosas riquezas. Durante este período, uno de cada dos habitantes de Buenos Aires había nacido en el extranjero, y de cada diez extranjeros, cinco eran italianos, tres españoles, uno del noroeste de Europa y uno de los Balcanes o de Europa del Este (Bourde, 1974: 213).

En comparación con la anterior oleada de inmigración de los años ochenta, ésta se dirigió predominantemente a la industria y no a la agricultura, «rehaciendo» así la clase trabajadora. Estos años, en gran medida prósperos para el capital, fueron también los del comienzo de la primera «explosión» del trabajo. Como escribe Hobsbawm (1959: 105), «todos los movimientos sociales se difunden por saltos. La historia de todos ellos tiene períodos de movilización anormal, fantásticamente rápida y fácil a veces, de masas hasta entonces vírgenes». Los propagandistas políticos y los organizadores obreros continuaron su labor durante este periodo, desplazándose a nuevas zonas para agitar, educar y organizar.

Gráfico 2. Afiliación sindical, 1900-1926



Fuente: Adaptado de De Shazo (1973:13).

Gráfico 3. Patrones inmigratorios en Argentina, 1880-1930

Fuente: Bourde, 1974:160

Este ciclo económico comienza con la huelga general de 1902, que supuso un gran avance para los trabajadores y provocó un cambio en la estrategia de la patronal y el Estado. Hasta entonces, los gobiernos habían sido relativamente poco intervencionistas en las relaciones obrero-patronales, limitándose a episodios «puntuales» de represión. A partir de ahora las luchas laborales se encontrarían con una represión estatal sistemática, por un lado, mientras que, por otro, los distintos gobiernos se esforzaron, al principio de forma poco sistemática, en introducir una legislación laboral. Se estableció el domingo como día de descanso, se reguló el trabajo de mujeres y menores y, en 1907, se crea el Departamento Nacional de Trabajo. Este organismo de la nueva legislación laboral y el arbitraje de los conflictos laborales, pero al principio su única función efectiva era de recopilar estadísticas sobre huelgas (lo que mejoró en gran medida nuestros datos del periodo posterior a 1907). El otro aspecto de la nueva política estatal estaba representado por la Ley de Residencia, aprobada en 1902, que preveía la deportación de los «agitadores extranjeros», una medida que provocó la expulsión de cientos de trabajadores anarquistas, entre ellos muchos nacidos en la ciudad. A partir de entonces la represión contra las organizaciones obreras se hizo sistemática y generalizada, con ataques de la policía y el ejército contra huelguistas y manifestantes que dejaron un elevado número de muertos y heridos. De hecho, muchas de las huelgas generales de la primera década del siglo XX fueron una respuesta a esta oleada de represión.

Como relata un historiador del anarquismo argentino, Isaac Oved (1978: 246), «la clase obrera argentina estuvo en acción sin descanso durante 1902, y su espíritu

radical-combativo se vio reforzado por una serie de grandes huelgas y por el empleo de métodos nuevos en la lucha obrera». Grandes huelgas en los puertos de Buenos Aires, Rosario y Bahía Blanca, y una huelga general contra la Ley de Residencia, que sólo fue frustrada la declaración del estado de sitio por parte del gobierno (un recurso frecuente en la década siguiente). Los primeros socialistas revolucionarios fueron desplazados por los socialdemócratas reformistas tras la formación del Partido Socialista en 1896. En 1902, los socialistas condenaron la convocatoria de huelga general como «un acto absurdo y loco» de los «propagandistas de la violencia». Por el momento, los anarquistas dominan el movimiento obrero. En 1904 lideraron la huelga general en Rosario, apodada entonces la «Barcelona de América Latina». El punto culminante de la influencia anarquista fue sin duda la huelga general de 1905 en Buenos Aires. Sin embargo, en el movimiento obrero estaba surgiendo otra tendencia, aún subordinada, que acabaría eclipsando estos enfrentamientos masivos entre los trabajadores y el Estado. Los tipógrafos, que habían formado el primer sindicato en 1876 y protagonizado la primera huelga en 1878, en 1906 fueron pioneros en la firma del primer convenio colectivo con la patronal y en la creación de las primeras comisiones paritarias para regular el proceso de negociación salarial. Sin embargo, de orden y regularidad en las relaciones laborales.

Durante 1903 y 1904, aproximadamente la mitad de todas las huelgas se produjeron fuera de Buenos Aires, mientras que la tendencia se invirtió hacia 1907-09, cuando las huelgas en la capital representaron casi tres cuartas partes del total. Spalding (1977: 25) concluye que «esta tendencia probablemente refleja una segunda ola de actividad organizativa que comenzó en la capital y luego se extendió a otras áreas». Esto confirma una tendencia general a que las «explosiones» del movimiento obrero extendieran la organización a capas sociales y áreas geográficas hasta entonces desorganizadas. Otro cambio general tuvo lugar alrededor de 1907, cuando hubo más paros en las fábricas que huelgas «políticas» a medida que se intensificaba la represión, y también como reflejo de actitudes cambiadas. Las estadísticas sobre huelgas ocultan el hecho de que, en 1907, dos tercios de todas las huelgas las perdieron los trabajadores, mientras que en 1910 esta proporción se invirtió, ya que la clase obrera luchó con éxito por defender sus organizaciones y sus niveles de vida. Las derrotas de la clase obrera en los grandes enfrentamientos de las huelgas generales no impidieron un avance constante en las fábricas.

Fue precisamente durante este período cuando los sindicalistas se separaron del movimiento socialista, articulando primero un sindicalismo revolucionario según las líneas de Sorel, pero evolucionando hacia un sindicalismo apolítico en los años siguientes. En última instancia, el auge del sindicalismo dentro del movimiento obrero se debió al conflicto no resuelto entre el idealismo anarquista y el reformismo socialista. En cuanto a las tendencias generales de este ciclo económico, observamos que las condiciones económicas para el capital eran decididamente prósperas y los

salarios se mantuvieron estables. Hubo un ritmo constante de huelgas entre 1902 y 1906 con un repunte notable en 1907, un año de notable recesión económica. Claramente, los trabajadores resistían la tendencia de los empleadores a reducir los salarios y se sentían lo suficientemente confiados después de varios años de buenas condiciones para hacerlo.

Esta hipótesis se ve apoyada por los datos sobre la afiliación sindical (Gráfico 2), que muestran un aumento constante de la afiliación a la confederación anarquista FORA (Federación Obrera Regional Argentina), que alcanzó un pico de 30 000 miembros en 1906. La confederación más estable y reformista dirigida por los socialistas, la UGT (Unión General de Trabajadores), también avanzó de manera constante, aunque menos espectacular, durante esta fase hasta alcanzar una afiliación de alrededor de 10 000 trabajadores.

Por último, la inmigración experimentó un enorme auge (Gráfico 3), y en la primera década del siglo XX se observó un número neto de inmigrantes (cociente entre inmigrantes y emigrantes) de más de un millón. No es sorprendente que las fases de expansión económica coincidan con períodos de afluencia masiva de inmigrantes (1880-9, 1903-13 y 1919-29), mientras que las crisis cíclicas (1890-96, 1901, 1913) y las recesiones prolongadas (1890-1902, 1929-39 y la Primera Guerra Mundial) llevaron a una reducción o incluso a la interrupción del flujo de inmigrantes (Bourde, 1974: 61).

4. Recuperación económica y militancia obrera, 1908-1914

Durante el ciclo 1908-14, la agricultura completó su fase expansiva a medida que la mayor parte de la tierra quedó bajo el dominio del capital. La inversión extranjera siguió fluyendo hacia Argentina y antes de 1913 las condiciones eran en general prósperas. La inminente guerra mundial condujo a un brusco deterioro de las condiciones económicas, ya que la inversión extranjera se congeló y el comercio exterior comenzó a secarse. Hasta entonces, la industrialización había seguido el camino relativamente fácil de dar servicio a la economía agrícola, frigoríficos y molinos harineros, por ejemplo. Sin embargo, en 1914 la estructura de la clase trabajadora había cambiado un poco desde que se realizó el censo de 1895. El número de trabajadores manuales había aumentado de 78 000 a 195 000 durante este período, pero su proporción de la población activa se mantuvo constante en alrededor del 3 %. El número de artesanos y pequeños comerciantes también aumentó, pero su proporción en la población activa disminuyó del 40 % al 35 %, lo que representa una disminución del modo de producción de mercancías pequeñas. Por el contrario, el número de empleados aumentó de 30.000 a 102.000 pero también su proporción en la población activa del 1 % al 18 %. La organización sindical se extendió en este período desde los trabajadores manuales a esta categoría de empleados de cuello blanco, que eran el producto del desarrollo del capitalismo, particularmente en la ciudad capital de Buenos Aires.

Las luchas obreras continuaron durante este ciclo. Una encuesta gubernamental de 1908 informó que en Buenos Aires había 23 438 afiliados cotizantes de 214 370 trabajadores en las diversas ramas industriales. Sin embargo, aunque los niveles de sindicalización eran bajos, las huelgas generalmente ponían en acción a un número mucho mayor de trabajadores. Por ejemplo, la huelga general de 1907 movilizó a 93 000 trabajadores de los cuales sólo 10 000 eran afiliados cotizados. Este patrón de actividad continuó con la huelga general de 1909, convocada después de la represión policial de la conmemoración anual del Primero de Mayo. La huelga logró la libertad de los trabajadores encarcelados y aseguró la reapertura de las oficinas de los sindicatos. En 1910, una huelga general convocada para interrumpir las celebraciones del centenario de la independencia de la región fue controlada por un estado de sitio que dejó a Buenos Aires con el aspecto de un campamento armado y las cárceles llenas de trabajadores. El movimiento obrero se vio obligado a adoptar una actitud defensiva, aunque las huelgas continuaron en varios sectores de la industria durante todo el período. Si tomamos una visión amplia de las huelgas que se produjeron entre 1907 y 1913, vemos que, de 1000 huelgas, los trabajadores perdieron 600, ganaron 300 y 100 se consideraron un «empate». El trabajo había continuado el ímpetu de sus luchas anteriores, pero se había producido un cambio fundamental en el curso de este ciclo económico.

Antes de 1910, el movimiento obrero pudo organizarse e impulsar sus reivindicaciones en condiciones de relativa desorganización dentro de las clases dominantes. Spalding (1977: 32) exagera un poco, pero capta correctamente el punto esencial: «los elementos agrarios no reaccionaron con dureza a la organización de los trabajadores industriales mientras no los amenazara directamente. De esta manera, un movimiento urbano relativamente fuerte pudo formarse sin el acoso constante del Estado». A través de su asociación de empleadores, la Unión Industrial Argentina, la incipiente burguesía industrial comenzó a desempeñar un papel mucho más agresivo y obtuvo la ayuda sistemática del Estado para reprimir y cooptar a la clase obrera.

Este último elemento también es importante porque en esa época se produjo una reforma fundamental del Estado oligárquico, que atrajo a la clase media y a las capas superiores de la clase obrera a la arena política. En 1912, el Congreso aprobó una ley de reforma electoral que otorgaba el derecho al voto a los trabajadores varones nativos, pero no a las mujeres ni a los trabajadores nacidos en el extranjero. Esta ley estaba diseñada para incorporar a las crecientes capas medias representadas por el Partido Radical, y permitir que el Partido Socialista se convirtiera en la voz de la clase obrera «respetable», que así podía alejarla del anarquismo. Esta estrategia de «cooptación preventiva» dio sus frutos con la victoria de los radicales en las elecciones de 1916, aunque el Partido Socialista nunca llegó a ser un partido de masas de la clase obrera a pesar de sus ganancias electorales (48 000 votos en 1913).

También hubo causas internas al movimiento obrero que ayudan a explicar el aparente declive de la militancia después de 1910. Las grandes huelgas generales de 1902,

1905 y 1909 encontraron sus límites naturales en 1910: los trabajadores no están naturalmente inclinados a estas dramáticas exhibiciones de «gimnasia revolucionaria», cada una de las cuales dejó un alto número de militantes encarcelados, deportados o simplemente despedidos del trabajo. Sobre todo, fue el propio éxito de las luchas económicas lo que embotó la conciencia política de la clase obrera. Los anarquistas, o anarcosindicalistas como se habían convertido ahora, también fueron al menos en parte responsables de esto. El anarquismo había correspondido efectivamente a las condiciones y aspiraciones reales de una masa heterogénea de trabajadores independientes que apenas estaban emergiendo en el capitalismo industrial. Su perspectiva política también concordaba con la realidad de un estado burgués insensible a las demandas obreras, pero con la posibilidad de obtener victorias reales a través de la «acción directa» debido a un cierto grado de desorganización patronal. Ahora el estado burgués había alcanzado la mayoría de edad y combinaba inteligentemente la represión con la cooptación.

En las nuevas condiciones, los anarquistas estaban siendo reemplazados en la dirección del movimiento obrero por los sindicalistas que, como describe Rock (1975: 85), «subrayaban continuamente el valor de la táctica y las virtudes de la coordinación, la oportunidad y la planificación [que] rápidamente eclipsaron el apoyo verbal que el movimiento rendía a los objetivos de la revolución de clase». Los anarquistas habían contribuido en gran medida a la «educación política» de la clase obrera, pero no fueron capaces de adaptarse a la nueva situación y proporcionar una alternativa política integral para el trabajo.

Si tomamos una visión global de este ciclo, vemos que fue generalmente próspero hasta 1913, cuando se inició una recesión. Los salarios mostraron una tendencia constante y significativa al alza con un ritmo constante de huelgas que involucraron a capas significativas de la clase obrera. La afiliación sindical se mantuvo estable, y se logró un grado significativo de unidad en 1914, cuando la confederación sindicalista Confederación Obrera Regional Argentina (CORA) se fusionó con la anarquista FORA. La inmigración alcanzó su pico más alto en 1912, y disminuyó drásticamente cuando comenzó la Guerra Mundial poco después. A partir de 1907, hubo un marcado excedente de mano de obra en Argentina, pero los inmigrantes continuaron llegando al país. Es significativo que esto no restringiera el alto grado de autoactividad que mantuvo el trabajo durante el período. Esta fase confirma la hipótesis avanzada por Hobsbawm (1984: 132) de que las «explosiones» laborales tienden a ocurrir en los ciclos ascendentes y menos en los últimos momentos de las recesiones. También hubo un marcado aumento del costo de la vida durante este período, como señala Spalding (1970: 42): «desde 1906 o 1907 hubo un marcado aumento de los precios y de los alquileres, que se aceleró hasta 1914, ayudado por la crisis de 1911-1912 y la inseguridad económica causada por la Primera Guerra Mundial. Este aumento anuló las mejoras logradas por la clase

obrero en los años anteriores». Esto se ajusta exactamente a las condiciones descritas por Trotsky para explicar los aumentos repentinos de la actividad huelguística.

6. Transformación económica y recomposición laboral, 1914–1917

La construcción El ciclo 1914–17 es, por supuesto, depresivo: la inversión se desploma, la inmigración también y las huelgas disminuyen drásticamente. Se trata de una fase de transición extremadamente importante, que marca, como escriben Di Tella y Zymelman, «el cambio de una economía agraria en expansión horizontal a una economía que sólo puede expandirse cambiando su estructura, distribución sectorial y productividad». Esta reestructuración condujo a algo más que el simple colapso de pequeñas empresas semi artesanales aisladas por la guerra de su fuente de materias primas y combustible. De hecho, marcó un cambio global en las relaciones de clase y una recomposición sustancial de la clase trabajadora. El proteccionismo de facto resultante de la interrupción del comercio durante la guerra dio un impulso importante a la industria nacional pequeña y mediana, particularmente en el sector textil, donde se aceleró el proceso de sustitución de importaciones. Este proceso de expansión y concentración industrial se reflejó en el hecho de que entre 1910 y 1919 se crearon más establecimientos industriales que en todo el período 1850–1909. Junto a los pequeños talleres había ahora un número significativo de grandes plantas industriales: había varias empresas textiles que empleaban entre 500 y 1500 trabajadores y más de 100 plantas metalúrgicas sólo en Buenos Aires que empleaban un promedio de 150 trabajadores cada una, así como los grandes ingenios azucareros del noroeste que empleaban un promedio de 1.000 trabajadores cada uno. Se estaba creando efectivamente una «nueva» clase obrera.

Durante la guerra, la actividad huelguística disminuyó significativamente en comparación con el período anterior a la guerra. La recesión económica provocó un aumento de la tasa de paro del 14 % en 1914 al 20 % en 1917. El coste de la vida aumentó de forma constante y los salarios disminuyeron en un tercio durante el mismo período. Sin embargo, en 1917, cuando la situación económica comenzó a mejorar, las acciones huelguísticas aumentaron de nuevo. Las huelgas de ese año diferían significativamente de las de la explosión de 1907, en la medida en que el sector más afectado fue la pequeña industria, en 1917 tres cuartas partes de los huelguistas estaban involucrados en actividades de transporte. De particular importancia fueron las huelgas organizadas por el poderoso sindicato marítimo, la Federación Obrera Marítima, en 1916 y 1917. Bajo el gobierno del Partido Radical de Hipólito Yrigoyen, que llegó al poder en 1916, estos trabajadores clave pudieron negociar un acuerdo favorable. Por otra parte, cuando los recolectores de basura de Buenos Aires se declararon en huelga en 1917, el gobierno no dudó en utilizar la represión contra un sector que no era estratégico ni económica ni políticamente. Hubo otras huelgas importantes en el transcurso de 1917, incluida una huelga general en los ferrocarriles y por parte de los trabajadores frigoríficos que iban a ser un sector líder en el movimiento sindical después de 1930. Es significativo que

alrededor de un tercio de todas las huelgas durante este ciclo se llevaron a cabo en defensa de los derechos sindicales a organizarse.

La tendencia hacia un sistema de arbitraje y conciliación en las relaciones industriales se intensificó durante esta fase. En 1916 se pusieron en práctica los mecanismos de conciliación del Departamento Nacional del Trabajo, y este organismo también comenzó a supervisar la aplicación de la legislación laboral a través de sus inspectores de trabajo. El arbitraje presidencial resolvió una serie de disputas, aunque en algunos casos esto fue simplemente diseñado para ganarse el favor de sectores clave de trabajadores que podrían desertar al Partido Socialista en las elecciones. Sin embargo, a pesar de sus inconsistencias y vacilaciones, el Estado estaba empezando a reconocer las limitaciones de sus posiciones anteriores cuando «la cuestión laboral era un asunto para policía». A través de su política de negociaciones y compromisos, el gobierno había otorgado efectivamente un reconocimiento de facto a las organizaciones sindicales. Esto naturalmente alentó la expansión numérica de los sindicatos, después de que la confederación laboral unida por un breve período se escindió en 1915 (Gráfico 3). La FORA del IX Congreso creció de 20 000 miembros en 1915 a casi 70 000 en 1920. Por otra parte, el FORA V, dirigida por anarquistas, sufrió una marcada disminución en sus números a medida que esta tendencia perdía su hegemonía dentro del movimiento obrero más amplio, aunque su membresía aumentó significativamente después de los dramáticos acontecimientos de 1919, examinados en la siguiente sección.

El apogeo sindicalista duró aproximadamente de 1916 a 1920, período durante el cual ayudaron a consolidar un sistema estable de relaciones industriales entre sectores clave de la clase obrera, como los trabajadores marítimos y ferroviarios. Significativamente, prestaron menos atención a los frigoríficos y a los trabajadores metalúrgicos, dos áreas en las que Perón iba a reunir un amplio apoyo en la década de 1940. El gobierno radical fomentó buenas relaciones con la confederación sindicalista FORA IX como un medio para establecer un contrapeso «moderado» a los anarquistas y utilizar las tendencias «antipartido» de esta corriente para bloquear la penetración socialista en los sindicatos. Durante este período, los trabajadores del sector servicios vinculados a la dinámica economía agroexportadora fueron la vanguardia efectiva del movimiento sindical, mientras que los trabajadores industriales desempeñaron un papel aún subordinado. Una corriente política que comenzó a promover activamente los sindicatos industriales fue la facción «internacionalista» o bolchevique dentro del Partido Socialista, que finalmente se estableció como un partido independiente en 1918. Estos precursores del Partido Comunista rechazaron el electoralismo del Partido Socialista y declararon que el trabajo sindical era equivalente a la actividad política como medio de lucha. Las ideas de la Revolución rusa de 1917 también tuvieron un impacto significativo en los anarquistas, con una corriente anarcobolchevique claramente definida que jugó un papel importante en el siguiente ciclo económico.

Las tendencias generales del ciclo 1914-1917 deberían estar ahora claras. Las condiciones económicas fueron malas hasta 1917, cuando la inversión comenzó a repuntar nuevamente y los patrones de empleo se estabilizaron. Aunque el desempleo era alto, estaba disminuyendo, y la reducción abrupta del flujo de inmigración significó

que el ejército de reserva de mano de obra no creció más. Esto preparó el terreno para un nuevo brote de militancia obrera después de 1917, cuando los trabajadores se esforzaron por recuperar los salarios hasta el nivel de antes de la guerra. Durante esta fase se completó la transición de la etapa de producción de pequeñas mercancías del capitalismo a la de manufacturas, y se logró la extensión sistemática de la división del trabajo. Esto, por supuesto, tuvo graves consecuencias para el trabajo. Como señala Ian Roxborough:

A medida que el sector líder cambia con el tiempo de una industria a otra, se producirá una ruptura en el patrón institucional de las relaciones de clase... El antiguo patrón [de conflicto de clases] casi con certeza se modificará sustancialmente en el proceso, y las organizaciones laborales se reestructurarán (Roxborough, 1981: 91).

A medida que el capital se reestructuraba, también lo hacía el movimiento obrero: al principio el artesano tipógrafo era la vanguardia, luego los panaderos y estibadores, los trabajadores ferroviarios y, finalmente, los trabajadores de los frigoríficos y los textiles estaban a punto de asumir el liderazgo del movimiento. En la década de 1940, sería el turno de los trabajadores metalúrgicos, ya que se consolidaría la transición a la «gran industria».

7. Recuperación económica y recuperación laboral, 1917–1922

El ciclo que siguió a la guerra mundial —1917–1922— fue decididamente próspero, ya que los principales productos del país se exportaron a una Europa desgarrada por la guerra. La inversión volvió a cobrar impulso, al igual que la inmigración. La industria progresó de manera constante después de los temores iniciales de que la reanudación de la competencia destruiría los sectores creados bajo el proteccionismo de facto del período de guerra. El movimiento obrero atravesó otra «explosión», que aparentemente confirmó una hipótesis mencionada por Hobsbawm (1984: 128) de que «los grandes “saltos” ocurren después de recesiones excepcionalmente severas, que impresionan a los trabajadores con el valor de la organización». Este fue, de hecho, un período en el que capas anteriormente desorganizadas entraron en acción, especialmente después de 1919. Además, confirma la opinión de que el aumento del costo de la vida es un elemento clave en los aumentos obreros: aumentó de 100 en 1914, a 135 en 1917 y 186 en 1919.

Durante esta fase, el nivel de actividad laboral se mantuvo en un nivel excepcionalmente alto. En 1919, el desempleo había disminuido al 8 %, aunque los salarios reales habían caído, ya que la inflación de posguerra redujo la capacidad de ingresos de la clase obrera. El escenario estaba preparado para algunos de los enfrentamientos más dramáticos entre los trabajadores y el Estado desde la formación del movimiento obrero. Los anarquistas parecían estar en decadencia terminal, como lo atestiguaba su fracaso en imponer un llamamiento a la huelga general en 1918. Los sindicalistas, ahora abiertamente reformistas, parecían tener la sartén por el mango en

el movimiento obrero, en particular dada su «comprensión» con el gobierno radical. Por lo tanto, nadie esperaba una explosión de conflicto de clases cuando los trabajadores de una gran planta metalúrgica en las afueras de Buenos Aires hicieron huelga en diciembre de 1918. Poco después de haber formado un sindicato, los enfrentamientos entre los huelguistas y la policía provocaron varias muertes y la FORA V, anarquista, convocó una huelga general, que luego fue respaldada por la confederación sindicalista más grande, la FORA IX.

En la semana siguiente, una huelga general semi insurreccional paralizó la ciudad de Buenos Aires y el Estado, ayudado por elementos armados de la clase media, desató el terror en los barrios obreros, dejando 700 muertos y 4000 heridos. La FORA IX, de tendencia sindicalista, decidió levantar la huelga general, a lo que accedieron socialistas y comunistas, y sólo quedó en las calles la reducida corriente anarquista. La intervención del ejército había permitido al gobierno negociar con los sindicalistas, que se habían establecido como interlocutores válidos de la clase obrera. Por supuesto, en otro nivel los acontecimientos de 1919 representaron la erupción de una profunda crisis social, el fracaso en la integración de los inmigrantes y la continua marginalidad política de la clase obrera. Un efecto de 1919 fue atraer al movimiento sindical a amplias capas de trabajadores hasta entonces no organizados, y restablecer el anarquismo como una fuerza creíble en el movimiento obrero más amplio.

En su evaluación de la Semana Trágica, Rock (1975: 168) concluye: «en términos generales, la huelga general de 1919 fue más una serie de disturbios inarticulados que una auténtica rebelión de la clase obrera». Ciertamente, la huelga fue efímera, limitada geográficamente y en términos de su apoyo; tampoco recibió ninguna dirección revolucionaria realista. Sin embargo, no fue simplemente un «estallido caótico de emoción de masas», como sugiere Rock (1975: 168). Una coyuntura histórica tiene un significado social mayor que sus elementos «ordinarios» discretos. La visión de largo plazo a veces puede oscurecer el significado simbólico de episodios clave en la historia de la clase obrera. La Semana Trágica fue una de esas coyunturas clave para el movimiento obrero: marcó el último suspiro de la tendencia anarquista revolucionaria y, por la forma en que se resolvió, el presagio de un nuevo período más estable de relaciones laborales. En 1921, el equivalente rural de la Semana Trágica dejó un saldo trágico cuando los trabajadores rurales de las estancias de la provincia sureña de la Patagonia iniciaron una huelga para exigir mejoras en sus condiciones. Más de 1500 trabajadores fueron asesinados por el ejército en una campaña unilateral, aunque en 1923 un inmigrante anarquista tomó una retribución simbólica al arrojar una bomba al coronel responsable de la masacre. Sin embargo, éste no fue el punto culminante de 1919, sino el comienzo de una nueva era, en la que las relaciones entre el trabajo, el capital y el Estado iban a establecerse sobre una base más estable.

Entre 1890 y 1920, el movimiento obrero argentino realizó notables progresos, con la formación y consolidación de los sindicatos, la elección de representantes políticos en el

sistema parlamentario y la obtención de importantes mejoras sociales para la clase obrera. Sin embargo, los anarquistas no habían logrado traducir su combatividad anterior a 1910 en una estrategia política integral para el trabajo. Por otra parte, la corriente socialista se dividió en sindicalistas «apolíticos» y la corriente principal de orientación parlamentaria, perpetuando así una falsa división entre las luchas obreras económicas y políticas. También hubo un fracaso en la movilización de la población trabajadora rural en apoyo de la clase obrera industrial y en articular la perspectiva antiimperialista que se requería en una nación dependiente. De hecho, anarquistas y socialistas por igual se opusieron a las medidas proteccionistas para el sector industrial argentino, sobre la base de un internacionalismo abstracto. Este fue, de hecho, el factor que permitió a Perón y a los historiadores nacionalistas describir el movimiento obrero anterior a 1930 como un implante minoritario «extranjero». Esto implica negar los avances muy reales realizados por el movimiento obrero durante este período y su impacto nada desdeñable en la historia nacional. Estamos totalmente de acuerdo con la conclusión de Godio (1980: 219) de que durante este período «los éxitos en el campo sindical y parlamentario fueron tan notables que hicieron del movimiento obrero argentino, a pesar de sus limitaciones, el más desarrollado y prestigioso de toda América Latina».

Una visión general del período 1917-22 debe destacar las condiciones consistentemente prósperas para la acumulación de capital y el aumento constante de los salarios, que se duplicaron durante este ciclo (Cuadro 1). La actividad huelguística es notable, no tanto en términos de número de huelgas, sino en el volumen de huelguistas: más de 1.000.000 trabajadores estuvieron en huelga casi todos los años de este ciclo, y la cifra en 1919 superó la marca de 300 000. El nivel de inmigración extranjera se mantuvo bajo hasta 1920, cuando comenzó a repuntar, pero todavía estaba muy por debajo del nivel de antes de la guerra (Gráfico 3). La afiliación sindical alcanzó su punto máximo durante este ciclo, con la FORA IX a la cabeza, pero, paradójicamente, comenzó a declinar drásticamente hacia el final de esta fase (Gráfico 2). Tanto la FORA anarquista como la nueva confederación sindicalista revolucionaria formada en 1922, la Unión Sindical Argentina, perdieron miembros de manera constante en el ciclo siguiente. La explicación de esto se encuentra fuera de nuestra época, pero, esencialmente, la prosperidad económica y la radicalización política causada por la Revolución Rusa tendieron a marginar a los sindicatos. Cuando el nuevo movimiento finalmente se unificó en 1930 para formar la CGT (Central General de Trabajadores), organizó a muchos menos trabajadores que los anarquistas y sindicalistas alrededor de 1920. La hegemonía política de los anarquistas (1902-9) y más tarde de los sindicalistas (1916-20) había sido seguida por un período de realineamiento, confusión y desmoralización que allanó el camino para la 'captura' del movimiento obrero por parte de Perón en 1943-6.

8. Conclusión

Sin querer caer en la trampa del formalismo sociológico, podemos afirmar en conclusión que las hipótesis de trabajo con las que comenzamos se han confirmado en gran medida. La formación de la clase obrera en Argentina fue, de hecho, el resultado de un amplio y complejo proceso de historia política y social, y no el simple resultado de la mecanización. En cuanto a los ciclos de la lucha de clases, nuestros hallazgos confirman la conclusión de Hobsbawm de que las fases depresivas acumulan «material inflamable» pero no lo encienden. Así, la depresión de 1890 acumuló agravios e injusticias que estallaron en la oleada de huelgas de principios de 1900; asimismo, el período de la Primera Guerra Mundial creó las condiciones para el resurgimiento de la militancia obrera en la posguerra. Más tarde, como Trotsky y otros observadores/participantes en la lucha de clases han sugerido, encontramos que las oleadas de huelgas estallaron en la recuperación económica, generalmente acompañadas de un aumento en el costo de vida. Este fue el caso en la ola de huelgas de 1906-7, y lo mismo en el período posterior a la Guerra Mundial. En general, encontramos que la hipótesis de Screpanti de dos variables principales —logros y frustración— ayuda a explicar el patrón de la insurgencia obrera en Argentina. Los logros, en términos de ganancias económicas y sociales que pueden conducir a una disminución en la militancia de los trabajadores, pero también pueden acumular tensión social a medida que surge la frustración cuando el crecimiento económico se desacelera y los capitalistas descargan el costo en términos de precios más altos y salarios más bajos. En resumen, los patrones de huelga son más complejos que las teorías que los relacionan ya sea con la pobreza o la recuperación económica.

Es importante tener en cuenta la advertencia de Trotsky (1974: 46) de que si bien los movimientos de huelga están estrechamente ligados al ciclo coyuntural, «esto no debe ser considerado mecánicamente». Aquí es precisamente donde es relevante el consejo de Cronin (1980: 112), cuando nos recuerda que los ciclos económicos no sólo producen crecimiento económico, sino que reestructuran a la clase trabajadora y «redibujan las líneas de división de clases en toda la sociedad y los parámetros de la acción colectiva». El ciclo económico asociado a la Segunda Guerra Mundial condujo precisamente a una transformación de ese tipo en Argentina. La reestructuración del capital llevó a una recomposición global de la clase obrera, que involucró tanto elementos objetivos como subjetivos (la dimensión política, en definitiva).

Por último, debemos recordar que nuestro análisis se ha restringido al ciclo económico y no al tipo de ciclos largos de Kondratief. Toda la fase de 1890 a 1930 podría verse como una onda larga pero habría muchos problemas en aplicar este enfoque a una economía abierta y agraria como la de Argentina. Además, aunque algunos autores como Mandel (1980: 20) reconocen que «los factores extraeconómicos juegan papeles clave» en las ondas largas, la mayoría de los trabajos minimizan el elemento de agencia

política. No podemos, en resumen, entender la historia social y económica de Argentina durante los primeros años del siglo XX sin considerar el papel activo de los militantes anarquistas y socialistas. Aunque los patrones de huelga se vieron afectados por los ciclos económicos, la clase trabajadora en un sentido muy real se «hizo» a sí misma en el proceso de lucha de clases.

Referencias bibliográficas

- BOURDE, GUY (1974). *Urbanisation et immigration et Amerique Latine: Buenos Aires (XIX et XX siècles)*. Aubier.
- CORTES CONDE, ROBERTO (1979). *El progreso argentino, 1880–1914*. Sudamericana.
- CRONIN, JAMES (1980). Stages, Cycles and Insurgencies: The Economics of Unrest. En T. K. HOPKINS Y WALLERSTEIN, IMMANUEL (eds.), *The Political Economy of the World System*, vol. III. Sage.
- DI TELLA, GUIDO Y MANUEL ZYMELMAN (1973). *Los ciclos económicos argentinos*. Paidós.
- GODIO, JULIO (1980). *Historia del movimiento obrero latinoamericano: Anarquistas y Socialistas 1850–1918*. Editorial Nueva Imagen.
- GUTIÉRREZ, GUILLERMO (1978). *La clase trabajadora racional*. Crisis.
- HOBSBAWM, ERIC (1959). *Primitive Rebels*. Manchester University Press.
- HOBSBAWM, ERIC (1984). *Labouring Men*. Weidenfeld and Nicolson.
- MANDEL, ERNEST (1980). *Long Waves of Capitalist Development – The Marxist Interpretation*. Cambridge University Press.
- MERKX, GILBERT (1973). Recessions and Rebellions in Argentina, 1870–1930. En *Hispanic American Historical Review*, vol. 53, no. 2.
- OVIED, IAACOV (1978). *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. Siglo XXI.
- PANETTIERI, JOSE (1967). *Los Trabajadores*. Editorial Jorge Alvarez.
- RATZER, JOSE (1969). *Los marxistas argentinos del 90*. Pasado y Presente.
- ROCK, DAVID (1975). *Politics in Argentina, 1890–1900: The rise and fall of Radicalism*. Cambridge University Press.
- ROXBOROUGH, IAN (1981). The Analysis of Labour Movements in Latin America: Typologies and Theories. En *Bulletin of Latin American Research*, vol. I., no. 1.
- SCREPANTI, ERNESTO (1984). Long Economic Cycles and Recurring Proletarian Insurgencies. En *Review*, vol. VII, no. 2.
- SPALDING, HOBART (1970). *La clase trabajadora argentina*. Editorial Galerna.

- SPALDING, HOBART (1977). *Organized Labor in Latin America*. Harper and Row.
- TAMARIN, DAVID (1977). *The Argentine Labour Movement in an Age of Transition, 1930–1945*, (unpublished Ph.D. thesis, University of Washington).
- THOMPSON, EDWARD (1970). *The Making of the English Working Class*. Penguin.
- TROTSKY, LEON (1984). *Writings of Leon Trotsky*. Pathfinder Press.